

# La página viva

## El insomnio de Virgilio

José de la Colina

*Un hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarro. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormirse. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que enseguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.*

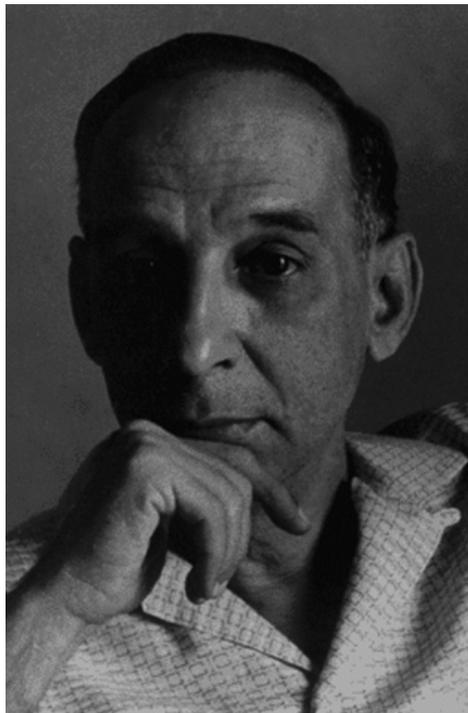
Virgilio Piñera,

“En el insomnio”, de *Cuentos fríos*

\*\*\*

Un soleadísimo mediodía de 1962 o de 1963, cuando Fausto Canel y yo, en un puesto esquinero de La Habana Vieja, bebíamos un inigualable y por entonces casi inhallable café “colao”, vi caminar por la acera contraria a mi amigo el escritor veracruzano Juan Vicente Melo con la cara larga, morena, el huidizo mentón, los intensos ojos negros y su flacura flotando dentro de una holgada y elegante guayabera.

Me sorprendió verlo pasar por esa bulliciosa calle habanera (sin embargo parecida a alguna calle tradicional del viejo puerto jarocho), porque no tenía noticia de que estuviera en Cuba en esos días y además se le veía cargado con veinte años más y muy ojeroso. Le grité: “¡Eehh, Juan Vicente!”.



Virgilio Piñera

Él se volvió sorprendido y... No, no era Melo, sino alguien a quien Fausto me presentó como el escritor Virgilio Piñera, del que yo había leído en México y desde años atrás, sus *Cuentos fríos*, publicados en Buenos Aires en 1956 por la célebre Editorial Sur, y quien, nacido en 1912, era, desde los años cuarenta y desde las magníficas revistas *Orígenes* y *Ciclón*, uno de los más importantes escritores cubanos en por lo menos cuatro géneros: el poema (*La isla en peso*), la narración (*Cuentos fríos*, *La carne de René*, *Pequeñas maniobras*), la dramaturgia (*Electra Garrigó*, *Aire frío*) y el ensayo (*En el país del arte*, y textos en revistas y suplementos culturales).

En la breve charla que tuvimos en ese primer encuentro (y no habría sino tres o cuatro más) a Piñera se le veían unas grandes ojeras de insomnio que, recordándolas ahora, me hacen pensar que el admirable

minicuento que transcribo era en cierto modo autobiográfico: ese trágico personaje insomne sería el mismo autor, un hombre que, si antes de la revolución ya era un inconforme ante la sociedad y aun contra la amada/odiada tropicalidad (el mismo que decía en su libro/poema *La isla en peso*: “La maldita circunstancia del agua por todas partes / me obliga a sentarme en la mesa del café. / Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer / hubiera podido dormir a pierna suelta. / [...] ¡Nadie puede salir, nadie puede salir! / La vida del embudo y encima la nata de la rabia”), resultaba ahora para el régimen castrista un individuo subversivo. Sin entrar en la discusión ideológica y por mera lealtad a su libertad intelectual y a su asumida y nada oculta condición de homosexual, Piñera se había ido convirtiendo en un indeseable tachado de “desafecto” a la ideología instaurada, es decir, un “reaccionario”, y habría de ser encarcelado más de una vez en las policíacas “redadas” de homosexuales. Ya en una tristemente famosa reunión de Fidel Castro con los artistas y escritores e intelectuales cubanos para definir lo que en adelante habrían de ser los límites de la vida cultural y la libertad de expresión en la isla, reunión en la cual Castro había implícitamente propuesto la militarización de la cultura y las artes (“Con la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”), el frágil Virgilio Piñera, en medio del vergonzante silencio de los demás, había ido al micrófono y declarado: “Yo quiero decir que tengo mucho miedo. No sé por qué tengo este miedo, pero es lo que tenía que decir”.

Las ojeras de Virgilio Piñera en aquel mediodía habanero, ¿eran meramente derivadas de una casual mala noche, o se debían a un persistente miedo premonitorio? **U**